

# SUS DOS ÚLTIMOS CUENTOS

*Álvaro Menen Desleal*

## El hombre marcado

Mi hijo fue el primero en advertirlo, mientras desayunábamos:

—Tienes una mancha en el dedo, papá.

Desde la tarde anterior yo tenía, efectivamente, manchado el dedo pulgar. En la Intendencia había puesto mi huella digital en el Libro de Registro, justamente en la casilla en blanco situada a la par de mi nombre y mi Número de Ciudadano, para lo cual tuve que humedecer la yema regordeta en la almohadilla entintada, balanceando el dedo un poco hacia los lados y un poco hacia atrás y hacia delante, a manera de embadurnar parejamente la piel para que imprimiera sin defectos, como si se tratara un sello sin estrías. Cuando la Auxiliar de Mesa me tomó la mano para asegurarse de que el entintado había sido hecho en forma correcta, tuve el sentimiento plomizo de ser mero tipo de imprenta, de ser un grabado vivo.

Esa sensación creció cuando estampé mi impronta.

—Tienes que lavarte bien —terció mi mujer, quien hasta ese momento, atareada en los cereales y los panecillos, no había reparado en la mancha. Me llené la boca con una porción de huevo y salchicha, para impedir que mi lengua soltara toda la verdad: el pañuelo de papel, ligeramente impregnado de alcohol, que el Oficial de Orden me entregó, ceremoniosamente y en silencio, para que me limpiara, fue inútil: la mancha ni siquiera se decoloró, pese a que, de tanto frotar, el pañuelo estaba deshecho cuando lo arrojé al basurero de la esquina, basurero ilustrado con un letrero cívico que me hizo sentir ajeno: *La ciudad es la casa de todos*.

Fui entonces a un bar; pero antes de ordenar la jarra de cerveza, pasé al lavatorio a restregarme con un espantoso jabón líquido, para luego magullarme el pobre dedo con toda una canasta de toallas desechables. A la hora de llevarme la jarra a la boca, no pude evitar que la mano me temblara cuando el cantinero me clavó la vista y me reprochó por la suciedad de mi dedo —No es suciedad —le aclaré, avergonzado—; es una mancha.



Entonces el cantinero me miró con una mezcla de recelo y compasión.

Ya en casa, al tomar la ducha, me enjaboné varias veces todo el cuerpo y me fregué furiosamente con la esponja vegetal, hasta sentir que me hacía daño, porque creía percibir que la mancha, en lugar de atenuar su intensidad, se me transfería al cuerpo entero. Entonces me sentí culpable. No supe concretamente de qué; simplemente culpable. Culpable de todo y culpable de nada, que es el peor de los sentimientos de culpa porque no hay manera de purgarla. Culpa que no purgas es culpa que te arrastra. Lo saben todos.

Rematé el baño embadurnándome con agua de Colonia, sólo para que mi mujer, a la hora en que nos sentamos a mirar televisión, me insinuara poco gentilmente que yo estaba abusando del perfume. Fue la primera noche en que dormí mal. Desde entonces no conozco sueño sin pesadilla y sudores fríos.

Ha pasado el tiempo y la mancha persiste. Perdí el trabajo, y me sentí agradecido de que así fuera, pues ya no soportaba el inacabable hostigamiento diario de las Secretarias, los Tenedores de Libros y los Asesores Jurídicos, repitiéndome a cada rato que tenía una mancha, observación que se me hizo intolerable cuando el Jefe de Oficina, mirándome fijamente a los ojos por encima de sus anteojitos sin marco, me ordenó que fuera al lavabo pues ya era tiempo de que me lavara

bien. Cuando, después de refregar y llorar en silencio, salí del cuartito para mostrar mis manos, el Jefe de Oficina me condujo a empellones al despacho del Señor Presidente Director General, para que la más alta instancia del sistema constatará el estado de mi mano, en la que ahora florecía, impertérrita y resuelta, una mancha más grande, más viva y más fresca para abono de mi pavor y desconcierto.

El Señor Presidente Director General me golpeó, a fuerza de escrutarme indignado; y al fin, con asco, apuntó su dedo huesudo hacia mi pecho.

Pude distinguir, con envidia y nostalgia, la inocente blancura ósea de su pulgar y su índice, en tanto me espetaba con apremiante suavidad y articulando cada sílaba.

—Usted-es-culpable.

Mientras yo, anonadado, bajaba la cabeza, su hueso índice sin tacha se volvía más largo y agudo, y su pulgar más inmaculado, al indicarme la puerta de salida para que me marchara y no volviera nunca jamás.

Cuando el Jefe de Oficina me hizo atravesar el recinto, uno de los empleados murmuró:

—Será mejor que muera pronto.

Y los otros, mis antiguos colegas:

—Sí...

—Sí... Sí, sí.

A partir de entonces, la mancha es una institución oficial, pues sólo falta que me cobren impuestos por llevarla. De nada vale que intente ocultar permanentemente mi mano en el bolsillo, condenándome a usar, en vez de una diestra hábil pero manchada, una siniestra impoluta pero tan torpe que ni siquiera ha podido mutilar el dedo infame; a emplear, en vez de una derecha culpable de toda culpa, una izquierda inocente de toda inocencia, pero que terminará condenada por un destino implacable debido a su vecindad y a su simetría fraterna, a ser también anegada de manchas. Cuando voy por la calle —la mano vendada o enguantada— la gente se aparta a mi paso y me señala con ostentación, haciendo gala de sus dedos nítidos. Los niños me arrojan latas de refresco vacías y cáscaras de frutas, mientras me gritan cosas incomprensibles. Debido a eso, mi mujer decidió ir conmigo, las pocas veces en que salía, para defenderme; pero fue inútil. Desalentada, ella y mi hijo terminaron por abandonarme. Eso fue cuando empezaron a ladrarme los perros.

De aquel día para acá todo fue peor. Los choferes de taxi me agreden; las madres alejan con aprensión a sus hijos cuando me ven aparecer, y llaman a la Policía Civil, la que invariablemente

me arresta. Entonces, un Juez de Causas Menores, golpeando solemnemente su mazo, me declara otra vez culpable, oficialmente culpable, y otra vez me condena, sin apelación posible, a la odiada libertad, a vagar con mi mancha más allá del fin de la vida.

Porque la muerte es inútil en un mundo sin manchilla, pues la mancha seguirá no sólo persistiendo sino creciendo, minando ahora mi carne, royendo mañana mis huesos, y desde hoy y para siempre carcomiendo mi alma. Y es que es verdad: soy culpable. Soy *El Culpable*. Soy el único culpable de todo y de nada, y en ningún tiempo, de ninguna manera, habrá detergente que pueda lavar mi culpa.

## País fundado en la basura

*“Ustedes dirán que tenemos el derecho para salvaguardarnos, pero es mentira: la basura no tiene derechos, y quienes la cultivan y adoran, tampoco. Alberto Masferrer, diario Patria, San Salvador, 16-VI-1928.*

Papá arroja el periódico, abandona de un salto su butaca y va hasta la cocina, donde mamá lava la vajilla que acabamos de ocupar en la mesa.

—¿Has visto?! —dice papá a grandes voces—. ¡El bolchevique ese escribe hoy que el país es un basurero! ¡Que todos somos basura!

Papá está indignado. No aguanta al periodista ese, Masferrer. Mamá tampoco lo soporta; pero mamá tiene tendencias masoquistas, papá lo dice, y lee completos sus artículos. Mi hermana

y yo los leemos también, los leemos completos y los aguantamos, aunque no creo que seamos masoquistas.

Recojo el periódico. “*Se ha formado en nuestro país —dice en el editorial— una gran pirámide de basura; es un bloque alto, ancho, macizo, profundo, que de lejos tiene el aspecto de una roca, así son de compactas sus petrificaciones.*” No veo por qué papá se altera tanto.

Mamá termina de lavar la vajilla, papá va al botiquín y se sirve un puño de bicarbonato, mi hermana y yo nos miramos en silencio, mamá, conciliadora, dice en un suspiro: “*Bueno, es hora de irse a la escuela*”, mi hermana y yo nos peinamos por tercera vez, tomamos los bolsos con cuadernos, papá coge el paraguas del perchero, nos despedimos de mamá con un beso jabonoso, el reloj da las dos de la tarde, papá sale, nosotros salimos con él.

Porque quizá es cierto. Dicen que se va perdiendo la vista a medida que uno envejece, y así ha de ser pues los viejos ya no lo ven, ya no ven el bloque de basura, no sé si un día lo vieron, el bloque es alto, a veces afecta la forma de un cerro, es ancho, de la frontera al mar, y largo, del mar a la frontera, no sé si cubre el territorio nacional entero, calculo tendrá unos veinte mil kilómetros cuadrados. Gracias a la debilidad de la vista y a otras debilidades, me parece que la población se ha ido acomodando poco a poco a vivir en el basurero, de tal manera que, pese a la



proliferación de cucarachas, ratas, cerdos, perros, moscas, gusanos, aves de rapiña, etc., ya esto les parece un hábitat normal. Sólo los niños no nos acostumbramos.

Pero en el país todos estamos viejos. Más viejos de lo que papá y los demás papás suponen.

Por supuesto, el basurero tiene algunas comodidades gracias a las iniciativas gubernamentales, y todos adquirimos hábitos de limpieza y hasta de elegancia. Se han trazado calles y carreteras, lo que hace posible ir de un lado a otro por todo el país. Cada mañana lustramos el calzado, aunque somos sabedores de que en cuanto demos unos pasos los zapatos se cubrirán de inmundicia. Debido a ello es que florece el gremio de limpiabotas; chiquillos sucios y generalmente descalzos aseguran el servicio a cada cincuenta metros en las ciudades importantes, chiquillos barrigones con betún, juegos de cepillos y trozos de franela, los alcaldes hasta les han construido casitas sin paredes en los predios vacíos y en las plazas céntricas para que los señores, al salir de los autos para asistir a las sesiones del Congreso o a la Catedral para escuchar la homilía o a la bolsa de valores, se hagan dar brillo al charol, se hagan limpiar la caca y los restos putrefactos de comida que se pegan a las suelas y a los tacones y manchan la ropa. Toda persona que se estime debe cepillar su calzado frecuentemente. Los autos son lavados y pulidos con ceras importadas antes y después de salir a paseo.

Papá porta siempre un paraguas; aunque no amanece lluvia, papá lleva su paraguas. Afectado de parálisis claudicante, lo usa como bastón. A cada paso entierra la punta en la basura. Porque en algo sí que el Masferrer no tiene razón: el bloque no es compacto. Alto, ancho, profundo, sí que lo es; pero compacto y macizo, nunca. Uno, si quiere, escarba con los dedos.

Claro que desde lejos ha de parecer piedra; pero nosotros, que vivimos aquí mismo, sabemos que no es granito, que uno lo penetra fácilmente.

Cuando la lluvia cae, el agua no forma riachuelos sino que se filtra entre los desperdicios. Cuando los borrachos, los perros o los niños orinan en las calles, el chorrito perfora un agujero y así los meados se pierden tras una estela de espuma en su propio pozo. Para construir las casas hay que excavar mucho y sembrar grandes pilotes. Dicen que es por los temblores, pues aquí tiembla mucho; pero yo sé que temblores de tierra propiamente no son, sino meros asentamientos o desplazamientos de los extractos del basurero. Los pilotes más grandes se pusieron cuando se levantó la Casa de Gobierno, la Santa Catedral Metropolitana, el Banco Nacional, el Palacio de Justicia y el Cuartel de Guardianes de la Bandera. Es porque son los edificios mayores de la ciudad, sin duda: gracias a los pilotes sembrados tan profundamente, los llamados Magnos Edificios de la Nación parecen inmovibles sobre el basurero en que se asientan. Aunque no

se descarta que una buena sacudida los eche abajo o los cuartee seriamente. Al fin y al cabo, edificio anti-sísmico ciento por ciento no lo hay ni aquí ni en Japón.

Casi toda la superficie del país tiene el aspecto de la buena tierra de otras partes. Con la humedad y el calor la basura se ha descompuesto, y forma ahora un manto orgánico fértil. Por eso es tan exuberante nuestra vegetación, de tal manera que para los agricultores tanta basura es una bendición: las plantas hunden sus raíces en un solo, nutricio, vasto manto de humus, sobre el cual los hongos y los helechos bailan rondas cobijados por la sombra de los grandes árboles patricios. De costa a costa. De frontera a frontera.

Antes de que el Masferrer lo dijera, yo había descubierto que habitábamos un basurero. Fue cuando murió mi otra hermanita. Papá no tenía entonces empleo, y vivíamos en la barriada, con los abuelos; después papá entró al Partido y el Gobierno le dio una casa. La otra hermanita murió a los seis meses de edad, se enfermó del estómago, mamá iba a las tres de la mañana al Hospital de Niños, pero no le recibieron nunca a mi hermanita porque dijeron los doctores que el Hospital estaba lleno. Mi hermanita vomitó mucho, tuvo diarreas y después se murió. Mi papá fue sin llorar al cementerio para abrir una sepultura, y nosotros le ayudamos a sacar la tierra.

Pero no, tierra no era: allí nos dimos cuenta de que el camposanto era de otra cosa. Llegó mi mamá llorando, y allí enterramos a mi hermanita.

Con hojas secas hicimos un pequeño túmulo y sembramos flores. Las flores se dan de lo más lindo en la basura; pero las flores también terminan manchadas por el estiércol o aplastadas por las pezuñas de los cerdos. Así no vale la pena que haya flores lindas. Más tarde mamá llorando pidió a papá que hiciera una cruz, y al tallarla papá sin llorar no puso el nombre de mi hermanita. Se le olvidó quizás.

Hay quienes hablan de que es hora ya de barrer el basurero. Hablan en los parques subidos encima de los pedestales de las estatuas. Los pedestales son de basura, por supuesto, y lo mismo las estatuas y los parques. Llega la policía y con garrotes y gases lacrimógenos hace que la gente se disperse.

La gente llora entonces, papá dice que por efecto de los gases; pero los policías no lloran, para eso tienen máscaras, para no llorar.

Aun los que hablan en las plazas tienen miedo de escarbar muy hondo, así de mentirijillas, así sea sólo con palabras y sin el auxilio de excavadoras y otros utensilios. Eso ha de ser así porque nadie puede estar seguro de lo que hay debajo del basurero. Otros no sólo evitan el usar excavadoras sino que también hablan, con palabras de basura.

Quizás barrer el basurero es condenarnos a la desaparición, pues es posible que la Gran Pirámide se asiente en el fondo del mar y así resultaría con que no tenemos patria. Si esto es cierto, echar desperdicios en el basurero resulta una acción patriótica. Así crece la patria, me imagino. Luego la Patria, crecida y agradecida, ya con mayúsculas, levanta estatuas a sus próceres, a los ciudadanos ejemplares que la hincharon de basura.

No sólo crece en volumen la patria: tal cosa propicia también el florecimiento del deporte nacional: echamos basura uno al otro, echar basura a vivos y muertos, a santos y pecadores. No sé si de veras es deporte, pero de todas maneras nos divertimos mucho, por lo que puede asegurarse que aquí casi todos vivimos deportivamente. Si alguien quiere aprenderlo, es simple: se cogen puñados de basura y se tiran al prójimo. Pasa una mujer, se le echa basura; pasa un funcionario, se le echa basura; pasa un obrero, un artista, un maestro, un burócrata, se les echa basura. Si la persona así tratada tiene espíritu deportivo, recoge a su vez basura, hace una bola y la arroja como respuesta. Es divertido, a juzgar por la risa y el buen ánimo de los participantes, pero sobre todo de los espectadores, lo que me hace pensar que bien podría tener éxito económico si se montan encuentros como espectáculos.

Cuando se acepte ese deporte en las olimpiadas, seremos campeones mundiales. Primero,

segundo y tercer lugar para nosotros. Aunque no seamos campeones: dicen que lo importante no es ganar, sino competir.

Algunas personas emprendedoras han descubierto una buena manera de ganar dinero y de despejar el basurero, todo a un tiempo: escogen las mejores zonas, fundan compañías con capital nacional y socios extranjeros, excavan, muelen, hacen una sustancia homogénea, limpia e inodora, y exportan la basura lindamente empacada en sacos de yute, como abono.

Gracias a los trabajos de la Universidad y a las excepciones fiscales, en los últimos tiempos tal industria ha adquirido tanta importancia que ya constituye nuestra principal fuente de divisas. Los Estados Unidos, el Japón y la República Federal de Alemania son nuestros mercados más importantes.

Es natural, pues esos países necesitan de nuestra basura para su desarrollo.

Claro que no la compran como basura sino como nutrientes orgánicos, composta o algo así. Porque basura también tienen ellos bastante, sólo que por estar llena de latas, plásticos, desechos industriales y venenos, es inútil para cualquier fin y tiene que ir a arrojarla lejos de sus fronteras. Nosotros se la recibimos gustosos y rellenamos nuestros barrancos con ella, mediante pagos en dólares que luego son íntegramente destinados a fines asistenciales.

Además así evitamos que el país se desgaste. Porque lo malo es que cada saco que importamos se lleva setenta kilogramos de patria. Con las ventas anuales pasan ya de los tres millones de sacos, se teme que no habrá negocio por mucho tiempo, que vamos literalmente a vender la patria entera en los mercados extranjeros. Los accionistas dicen que eso es mentira, que son exageraciones de los enemigos de la democracia, que producimos basura hasta para regalar, que la Divina Providencia nos distinguió de entre todos los pueblos de la tierra con esa capacidad prodigiosa. Y entonces damos gracias a la Divina Providencia de que así sea. Con las divisas importamos automóviles, televisores, ropa, perfumes, joyas, licores, etcétera; esas cosas, en fin, que hacen llevadera la vida en un basurero. También compramos aviones y camiones y ametralladoras, para defender nuestra Soberanía, nuestra Democracia, nuestra Fe y nuestros Derechos Humanos.

Las que se revuelcan felices son las alimañas, los animales que vagabundean.

Los cerdos clavan el hocico y remueven las porquerías, gordos y satisfechos. Lo mismo los perros, las cucarachas, las ratas. Y también los zopilotes, que suelen disputar a las gallinas vísceras putrefactas. Los zopilotes son casi el ave nacional, el símbolo de nuestra indigencia. Tantos hay que las compañías de aviación se quejaron porque ponían en peligro el tráfico aéreo.

Para alejarlos del aeropuerto se despejó la zona, se aplanó y pavimentó para construir un barrio popular. Quienes hoy viven allí parecen gusanos.

Pero no sólo ellos; en realidad, todos parecemos gusanos en el país. De eso sí nos damos cuenta todos, aunque disimulemos. Los señores construyen sus mansiones en lo alto de las colinas, pensando que así escapan de las heces del valle; pero en eso se equivocan, porque las colinas y las lomas suaves son precisamente de estulticia, de basura más antigua y, por eso, más compacta y más elevada. Los señores se encierran en cuartos con aire acondicionado, nadan en piscinas con filtros y se perfuman con lociones y cremas. Un día se cansan y se van al extranjero, a Nueva York y París y Londres y no sé a dónde más. Allí beben y juegan en los casinos y en Roma ven al Santo Papa, quien los bendice.

Pero en París, Nueva York o Roma no engañan a nadie; pese a sus trajes y a su dinero y a sus joyas y a sus apuestas, no engañan a nadie, pues todas las gentes de esos países y el Santo Padre y los choferes de los taxis y los que sirven en los hoteles de lujo y los policías y las mujeres y los niños, los miran con molestia y enfado y apartan la mirada con disgusto, pues la basura se les huele y se les palpa, y aunque se bañen y restrieguen y perfumen y den propinas largas y pierdan en la ruleta y se acuesten con mujeres de otros idiomas y reciban la bendición del Papa y porten



condecoraciones y títulos, se les adivina que son ciudadanos de un país fundado en la basura, nutrido de la basura, regodeado de la basura, y mal pueden librarse de ella ni aun huyendo, porque es mentira, la basura no tiene derechos, y quienes la cultivan y adornan, tampoco. Es la condenación.